

Tres precursores de Kafka: Hawthorne, Melville, James

Álvaro J. Peláez Cedrés

INTRODUCCIÓN

A comienzos de los años cincuenta, Jorge Luis Borges redefinió el concepto de “precursor”, y habló en diversos lugares de la peculiar relación que se da al interior de la historia de la literatura. Desde su punto de vista, un precursor no es, como lo definen los diccionarios, alguien que simplemente está antes en la flecha del tiempo y que inaugura un modo de pensar y de ver el mundo que otros seguirán con posterioridad. En su opinión, un precursor es alguien que pertenece a una familia de escritores determinada mediante un carácter, una idiosincrasia. De cuándo provenga el rasgo o rasgos que definen la familia, es irrelevante. Así, la historia de la literatura no es una historia lineal, sino una historia de múltiples flechas que parten en múltiples direcciones desde la obra de una multiplicidad de autores. Así, dice Borges: “El hecho es que cada escritor *crea* a sus precursores. Su labor modifica nuestra concepción del pasado, como ha de modificar el futuro” (Borges, 1989: 89).

El ensayo en el que Borges propone esta forma de entender la historia de la literatura se titula “Kafka y sus precursores”, y allí propone una serie de autores que, como él mismo dice, “se parecen a Kafka” (Ibíd: 89). En esa serie coloca, entre otros, a Zenón y sus paradojas del movimiento; a Kierkegaard y sus parábolas religiosas; a León Bloy y su pesimismo teológico.

En esta participación deseo referirme a otros tres posibles precursores de Kafka. A diferencia de los autores tratados por Borges, los cuales, como se habrá notado, muestran una enorme heterogeneidad en tiempo y espacio, los que serán objeto de mi análisis, se encuentran más unificados desde

el punto de vista de estas variables. No obstante, independientemente de las circunstancias semejantes en que dichos autores vivieron, mi propósito consiste en mostrar que en todos ellos se prefiguran los personajes kafkianos, entendidos como tipos ideales, como modelos cuasiplatónicos. Como ya he adelantado en el título de esta colaboración, se trata de Nathaniel Hawthorne, Herman Melville y Henry James. Del primero me referiré al personaje de Wakefield, del cuento del mismo nombre; del segundo, a Bartleby: el escribiente; del último a John Marcher, de *La bestia en la jungla*.

WAKEFIELD

Alguien podrá decir que no es extraño encontrar semejanzas entre Hawthorne y Kafka, pues el orbe de Kafka es el judaísmo y el de Hawthorne, las iras y los castigos del Viejo Testamento. Para probar esto bastaría con considerar las siguientes palabras de Hawthorne, hechas en alusión a la herencia pecaminosa de sus antepasados: “No sé si mis mayores se arrepintieron y suplicaron la divina misericordia; yo, ahora, lo hago por ellos y pido que cualquier maldición que haya caído sobre mi raza, nos sea, desde el día de hoy, perdonada” (citado en Borges, 1989: 49). Hawthorne ansía el perdón, el perdón por un pecado que no cometió. Y ansía el perdón para que su vida sea posible, para no cargar con la mancha que se volverá un estigma a los ojos de todos, como se volvió la letra escarlata para Hester Prynne, de la vieja Salem, o el velo negro en el rostro del reverendo Hooper. Asimismo, cuando Miss Hepzibah Pyncheon, la anciana protagonista de *La casa de los siete tejados*, decide comenzar una nueva vida, también se encomienda al cielo:

“Inaudible el crujir de sus entumecidas rodillas, cuando se arrodilló junto al lecho. E inaudible también para todo oído mortal, aunque escuchado por un amor enteramente comprensivo y con piedad en los más hondo del cielo, ese rezo casi agónico —ya cuchicheado, ya dicho en un gemido, ora trocado en un silencioso forcejeo— con que imploró la ayuda del cielo para ese día” (Hawthorne, 1944: 41).

Sin embargo, independientemente de las semejanzas contextuales entre Hawthorne y Kafka, mi interés no consiste en exhibir estos nexos, sino en mostrar que ambos escritores recrearon con sus personajes el difícil y tortuoso tránsito del ser humano por el mundo.

Recordemos el argumento central de *Wakefield*. Hawthorne sostiene que se enteró del caso por el periódico. Un señor inglés que dejó a su mujer sin motivo alguno, se alojó a la vuelta de su casa, y ahí, sin que nadie lo sospechara, pasó oculto veinte años. Durante ese largo periodo, pasó todos los días frente a su casa o la miró desde la esquina, y muchas veces divisó a su mujer. Cuando lo habían dado por muerto, cuando hacía mucho tiempo que su mujer se había resignado a ser viuda, el hombre, un día, abrió la puerta de su casa y entró. Sencillamente, como si hubiera faltado unas horas.

Hawthorne reconoce lo extravagante del asunto, pero también lo considera como esencialmente real. Conjeturó acerca del personaje y esta es la imagen que se creó del mismo. Wakefield es un hombre sosegado, predecible, tímidamente vanidoso, egoísta, propenso a misterios pueriles, a guardar secretos insignificantes; un hombre tibio, vacilante, de gran proeza imaginativa y mental, pero capaz de largas y ociosas e inconclusas y vagas meditaciones; un marido constante, definido por la pereza, *un hombre de costumbres*, dice Hawthorne, “un hombre cuya mente nunca fue febril en ideas rebeldes, ni se afligía por la originalidad”.

Wakefield anuncia su salida, le informa a su esposa que tomará la diligencia y que regresará a más tardar dentro de unos días. Ignora lo que hará, así como ignora el triste destino que tiene deparado. Antes de cerrar la puerta, sonrío a su esposa, y esa sonrisa última será el objeto posterior de las meditaciones de aquélla, convirtiéndola en algo extraño y atroz. Wakefield, al cabo de unos cuantos rodeos, llega al alojamiento que tenía listo. Se acomoda junto a la chimenea y sonrío; está a la vuelta de su casa y ha arribado al término de su viaje. De allí en más, se suceden los años acompañados de cambios físicos y morales inevitables. Se acerca a su casa en múltiples oportunidades; adivina la enfermedad de su esposa, tal vez provocada por la angustia, pero no cede,

continúa su alocada aventura. Una tarde, después de veinte años, una tarde igual a otras tardes, a las miles de tardes anteriores, Wakefield mira su casa. Por los cristales ve que en el primer piso han encendido el fuego; en el moldeado cielo raso las llamas lanzan grotescamente la sombra de la señora Wakefield. Rompe a llover; Wakefield siente una racha de frío. Le parece ridículo mojarse cuando ahí tiene su casa, su hogar. Sube pesadamente la escalera y abre la puerta. En su rostro juega, espectral, la taimada sonrisa que conocemos. Wakefield ha vuelto, al fin.

En *Wakefield*, Hawthorne nos habla de un hombre atrapado en el orden fijado por la cotidianeidad, por el orden que unifica, que domina. Wakefield se atreve, en su ignorancia, a romper con ese orden, a sustraerse de su pequeño mundo, pensando cómo la ínfima esfera de criaturas y de circunstancias en la que él era objeto central, será afectada por su ausencia. Sin embargo, su vago y vacilante proyecto fracasan, porque, como dice Hawthorne: “Es peligroso provocar una grieta en los afectos humanos, no porque se abra tan larga y tan ancha, sino porque se cierra tan rápidamente” (Ibíd.: 28). Wakefield se percata de que un golfo ya casi imposible de atravesar separa su alojamiento alquilado de su hogar anterior, pero se dice a veces “Pero si está en la otra calle”. En realidad, está en otro mundo, y Wakefield llora amargamente cuando toda la rareza miserable de su vida se le revela de un vistazo.

Hawthorne explica que Wakefield obtuvo, o quizá le ocurrió, segregarse del mundo, desaparecer, abandonar su sitio y el privilegio de los hombres vivos, sin ser admitido entre los muertos. Copio las palabras finales: “Entre la aparente confusión de nuestro misterioso mundo, los individuos están bien ajustados a un sistema, y los sistemas a otros sistemas y a un conjunto, en el que, por apartarse un momento, un hombre corre el riesgo de perder su sitio para siempre. Igual que Wakefield, puede convertirse en algo así como en el Paria del Universo” (Ibíd.: 36).

En esta breve y ominosa parábola — que data de 1835— ya estamos en el mundo de Herman Melville, un mundo de castigos enigmáticos y de culpas indescifrables. Permítaseme ahora referirme al joven Bartleby, el escribiente.

BARTLEBY: EL ESCRIBIENTE

Al igual que Hawthorne, Melville también padeció los temores de la rigurosa tradición calvinista, la cual permeó toda su vida y toda su obra. Su novela más conocida, *Moby Dick o la ballena*, de 1851, ha sido objeto de múltiples y variadas

interpretaciones. Algunos simplemente han leído dicha obra como un simple tratado de cetología (como el propio Ismael sugiere); otros han dicho que el tema del libro es la locura de Ahab, ávido de acosar y destruir la ballena blanca; otros más, que la ballena y Ahab y la persecución son símbolos y espejos del universo, de un universo que él concibe como esencialmente caótico, no sólo perceptiblemente maligno, sino también irracional. Pero nuestro objeto no es Ahab, la ballena, o Ismael, único sobreviviente de la aniquilación del Pequod, único sobreviviente asido al ataúd labrado por el primitivo carpintero del barco, quien se destaca entre todos los hombres, que, según Melville, constituyen una multitud de duplicados innecesarios. Nuestro objetivo es Bartleby, el más triste de entre todos los hombres.

En verdad, los personajes de nuestra historia son dos: el escribiente y su empleador, un notario cuyo nombre se ignora y quien se encarga de la narración de la historia. Este último, agobiado por el trabajo producto de su nombramiento como agregado de la Suprema Corte, y contando con un personal que, sin entrar en detalles, podríamos catalogar de “extravagante”, decide incorporar un nuevo amanuense. En respuesta a un aviso, un joven se presenta en su oficina. La descripción del notario no deja dudas en cuanto a la figura del joven: “... ¡pálidamente pulcra, lamentablemente decente, incurablemente desolada! Era Bartleby” (Melville, 2003: 21).

Nada hay que se sepa de Bartleby, salvo hasta los rumores que se señalan al final de la historia. Dice el notario que de otros copistas él podría hacer biografías completas, “nada semejante puede hacerse con Bartleby. No hay material suficiente para una plena y satisfactoria biografía de este hombre” (Ibíd.: 11).

Bartleby comienza su trabajo con energía, casi con voracidad, sin embargo, paulatinamente comienza a renunciar a sus obligaciones, paulatinamente se encamina a la inacción. Cada cosa que se le ordena hacer es rechazada, es rechazada con una fórmula aparentemente simple y terminante, pronunciada sin apasionamiento y que termina por contagiar a todo el círculo de personajes que lo rodean, “preferiría no hacerlo”.

El final de este continuo abandono de la acción, de esta ausencia creciente de la voluntad de vida, me lo reservo para más adelante. Ahora permítaseme destacar algo más del carácter y el aparente propósito del escribiente, aunque ¡cómo llamar a eso un propósito! Hay algo en la actitud de Bartleby y en su fórmula de desprecio que me parece de mayor consideración: el escribiente no parece ignorar

que las demandas que le hace el notario están asistidas por razones, constituyen conclusiones irresistibles de inferencias que sigue con todo cuidado y que no puede contradecir. No obstante, no asume la fuerza de esas conclusiones, opta por rechazarlas, pero no sobre la base de otras razones, pues ello obligaría a Bartleby a dar argumentos. Por ello, tiene sentido que la expresión del escribiente sea “preferiría”. Bartleby está rechazando las razones que se le ofrecen para actuar refugiándose en los deseos, como dice el notario “era un hombre de preferencias no de presunciones” (Ibíd.: 46). Pero, ¿cuáles son sus deseos? La soledad y el aislamiento, la autoaniquilación. Bartleby se muda al despacho del notario, ubicado en la zona de negocios de Nueva York, la cual fuera de los tiempos de actividad adolece de cualquier presencia humana. El notario expresa en relación a esto: “Los domingos, Wall Street es un desierto como la Arabia Pétreá; y cada noche de cada día es una desolación. Este edificio, también, que en los días de la semana bulle de animación y vida, por la noche retumba de puro vacío, y el domingo está desolado. ¡Y es aquí donde Bartleby hace su hogar, único espectador de una soledad que ha visto poblada...” (Ibíd.: 35). Tras este paso hacia la soledad extrema, Bartleby continúa su camino hacia la inacción total: se niega rotundamente a seguir escribiendo, y a abandonar la oficina.

En este punto me gustaría hacer algunas observaciones sobre el notario empleador de Bartleby. Creo importante hacerlo porque pienso que Melville concibió a dicho personaje como contrapeso a la espectacular desesperanza que inspira el protagonista de su historia. El notario, que evoca más los personajes de Dickens, comprende la desgracia inevitable de Bartleby. Inicialmente, se siente impedido de emprender cualquier acción contra el escribiente por una espontánea simpatía mezclada con lástima y un sentimiento de inquietud. Pero a estos vagos sentimientos iniciales le suceden otros que el notario mismo evalúa de diferente modo. Sostiene que en condiciones normales, sus acciones hubieran sido de otra naturaleza, pero hubo algo que lo salvó: “Recordando sencillamente el divino precepto: Un nuevo mandamiento os doy: amaos los unos a los otros” (Ibíd.: 49). El notario se refugia en la piedad, en la caridad que, según su entender: “obra como un principio sabio y prudente – como una poderosa salvaguarda para su poseedor” (49). A través de la empatía producida por este sentimiento de piedad, aunada a sus intentos por dar sentido a los sentimientos que experimenta por Bartleby, el notario concluye: “...llegué a persuadirme que mis disgus-



La Pasarela 13, 2005

tos acerca del amanuense, estaban decretados desde la eternidad, y Bartleby me estaba destinado por algún misterioso propósito de la Divina Providencia, que un simple mortal como yo no podía penetrar” (59), y más adelante: “Al fin lo veo, lo siento; penetro el propósito predestinado de mi vida. Estoy satisfecho. Otros tendrán papeles más elevados; mi misión en este mundo, Bartleby, es proveerte de una oficina por el periodo que quieras” (51). Sin embargo, toda esta comunión de espíritu se desvanece cuando el notario reflexiona: “¿Qué hacer? ¿Qué debo hacer? ¿Qué dice mi conciencia que debería hacer con este hombre, o más bien, con este fantasma?” (52). Dado que (o tal vez, a pesar de que) Bartleby ya había expresado su preferencia por “no dejarlos”, el notario decide dejarlo a él, decide mudarse de oficina, dejando al “inexplicable” Bartleby “como la última columna de un templo en ruinas” (45).

Retomo ahora el hilo de la exposición del triste destino del pobre Bartleby. Una vez abandonado en la oficina, los nuevos dueños, menos piadosos pero igualmente drásticos que el notario anterior, deciden desalojarlo y enviarlo a la cárcel por vagabundo. Arrojado a este lugar, se esfuman de Bartleby los escasos rastros de voluntad humana que todavía vivían en él. Sabe donde está, conoce al notario, pero no tiene nada que decirle. Luego el sueño eterno, “con reyes y consejeros”, como dice el notario.

Más arriba me referí al objetivo de Bartleby, el cual acaba de quedar explícito. No obstante, en ese momento no inquirí acerca de las causas que motivaron a que el joven escribiente se aventurara hacia su destino. Copio, de nuevo, las palabras finales: “Bartleby había sido un empleado subalterno en la oficina de Cartas muertas de Washington, del que fue bruscamente despedido por un cambio en la administración. Cuando pienso en este rumor, apenas puedo expresar la emoción que me embargó. ¡Cartas muertas!, ¿no se parece a hombres muertos? Concebid un hombre por naturaleza y por desdicha propenso a una pálida desesperanza. ¿Qué ejercicio puede aumentar esa desesperanza como el de manejar continuamente esas cartas muertas y clasificarlas para las llamas? Pues a carradas las quemas todos los años. A veces, el pálido funcionario saca de los dobles del papel un anillo – el dedo al que iba destinado, tal vez ya se corrompe en la tumba–; un billete de Banco remitido en urgente caridad a quien ya no come, ni puede sentir ya hambre; perdón para quienes murieron desesperados; buenas noticias para quienes murieron sofocados por insoportables calamidades. Con mensajes de vida, estas cartas se apresuran hacia la muerte. ¡Oh, Bartleby! ¡Oh, Humanidad!” (64).

Permítaseme pasar ahora al tercero de los precursores de Kafka al que quiero referirme: Henry James y el personaje de *La bestia en la jungla*.

No parece haber dudas de que, al igual que en la tradición que lo precede, el tema de la obra de Henry James es el mal. Sin embargo, para James el mal no se reduce únicamente al mal moral, o al mal como sustancia amenazadora expresada en la creación; para James, el mal es todo eso y más, es algo que se expresa no sólo en la falta de inteligibilidad del destino, sino también en la estupidez y los bajos sentimientos humanos, en la perversidad psicológica —que no admite distinción de género o edad—, y, lo que es más importante, para el escritor newyorkino, todas esas facetas interactúan de manera compleja creando un todo perverso del que no podemos escapar, al que sólo cabe reaccionar mediante la resignación. Así reacciona Caroline Spencer, protagonista de la pequeña joya titulada *Cuatro encuentros*, ilusionada con el mundo europeo y traicionada de la manera más vil. Así es como paga, de acuerdo con James, el destino, la ilusión y la ingenuidad humanas.

De entre la vasta obra de James, poblada de personajes deliberadamente ambiguos, egoístas, mentirosos, envidiosos, destructivos, y vengativos, que practican dichos sentimientos sin más motivaciones que la práctica de los mismos y mediante planes urdidos de manera perfectamente racional,¹ he escogido hablar de John Marcher, protagonista de *La bestia en la jungla*, narración que data de 1903.

Tal vez como en ninguna otra de las obras de James, se da en esta lo que mencionaba hace un momento, una combinación de elementos que atentan contra el destino de sus personajes. Aquí, sin lugar a dudas, juegan especial importancia el egoísmo, la sobreestimación de la propia existencia, y una cierta estupidez, aunados al destino como una voluntad externa e irónica, como una verdadera Bestia que juega con su presa hasta que da el salto para devorarla.

La historia de John Marcher es la historia de un hombre que experimenta la sensación de que su destino le reserva algo extraordinario. “Había experimentado desde su más lejana edad, como la cosa más profunda dentro de su ser, la sensación de estar reservado para algo raro y extraño, posiblemente prodigioso y terrible, que tarde o temprano le habría de suceder, sentía en sus huesos el presagio y la convicción de ese acontecimiento, y que él quizás lo habría de destruir” (James, 2001: 40). Marcher cree saber que eso que le espera en algún recodo del porvenir no es algo que él mismo deba hacer, alguna acción mediante la cual sea estimado y reconocido, es algo que la vida misma le

regalará: “algo que debo encontrar, enfrentar, ver aparecer repentinamente en mi vida; algo que posiblemente destruya toda conciencia subsiguiente, que posiblemente me aniquile; que posiblemente, por otra parte, no haga más que alterarlo todo, que destruya hasta las raíces todo mi mundo y me deje librado a la consecuencias, cualesquiera fueren” (Ibíd.: 41).

Marcher ha portado su pesada carga siempre en solitario. Por ello se considera a sí mismo un hombre generoso, que no ha molestado a la gente con la novedad de conocer a un obsesionado. No obstante, nuestro personaje tiene la oportunidad de comportarse de manera egoísta y lo hace: convierte a una amiga suya, May Bartram, en confidente y testigo vigilante de su espectacular destino, convierte la vida de su amiga en una extensión de la suya propia, siempre bajo la convicción de que lo que espera no tiene que ver con ellos mismos. Sin embargo, May Bartram sabe qué es lo que la vida depara a Marcher, lo cual le dice expresamente desde el comienzo de su espera: “Lo que usted describe, ¿no es quizás sólo la expectación (o, por lo menos la sensación de peligro, familiar a tanta gente) de enamorarse?” (Ibíd.: 41). Pero nuestro hombre rechaza la sugerencia, diciendo que habiéndose creído enamorado, no había experimentado más que algo que “fue agradable, fue delicioso, fue miserable, pero no fue extraño. No fue lo que mi destino va a ser” (42).

Así, ambos personajes envejecen esperando el destino de Marcher, y la vejez trae consigo la enfermedad y el final de la vida de May Bartram. Pero antes de eso, antes de que el destino completo emerja ante los ciegos ojos de Marcher, la mujer que había vigilado y esperado no sólo el destino de su amigo, sino también que éste supiera mirar a su alrededor, le arrostra la verdad de su propia existencia: “el destino se está cumpliendo, se ha cumplido en su propia forma y según su propia manera durante todo este tiempo” (58).

Marcher considera por un momento si ese destino extraordinario que le está reservado no tiene que ver con May Bartram y con la circunstancia penosa de despedirla de este mundo. Pero, dado que cree que su amiga es sólo parte de las circunstancias del enigma que constituye su existencia, concluye que aquello convertiría a su espera, a su paciente y obstinada espera, y a su vida misma, en un “abyecto fiasco”. “Significaría, relacionándola con sus actitudes anteriores, una pérdida de dignidad bajo cuya sombra su existencia sólo podría llegar a ser el más grotesco de los fracasos... Había esperado algo muy diferente, no esto” (73). Sin embargo, May Bartram le enseñaría no sólo

que su destino había llegado, sino que lo había ignorado de la manera más irracional. No se trata de que hubiera esperado en vano, de que, como él mismo lo expresa en las horas finales: “¿No he vivido una vana imaginación, una estupefacta ilusión? ¿He esperado sólo para ver cerrarse la puerta en mis narices?” (86), sino algo peor: su destino había llegado, la bestia se había precipitado sobre él, pero simplemente no la había visto.

May Bartram se va de este mundo y Marcher emprende un viaje solitario que lo traerá finalmente ante el sepulcro de su amiga. Allí, entre los apiñados monumentos y los cipreses mortuorios, se le apareció un rostro humano, un rostro que le develó la terrible verdad de su vida. Vio que el vecino del otro sepulcro se retiraba y se dirigía por el sendero hacia uno de los pórticos. Al acercarse con andar lento, su rostro se enfrentó con el del hombre, percibiendo de inmediato que el mismo se encontraba afectado de una enorme melancolía, un profundo pesar. Este se adivinaba por las marcas que llevaba en su rostro, y esta fue su revelación. Marcher se pregunta qué golpe, qué herida podía expresar, qué daño imposible de curar. ¿Qué había tenido ese hombre, para que su pérdida lo hiciese sangrar de ese modo y aún así vivir? La respuesta fue atroz. Ese hombre había tenido algo que él, John Marcher, no había tenido. Ninguna pasión lo había tocado jamás. Él había sobrevivido y divagado y anhelado, pero ¿cuáles habían sido sus profundos estragos? Su destino había sido el de que nada habría de sucederle.

Una vez más, copio las palabras finales: “El dolor, aunque tardío y amargo, tenía por lo menos algo del gusto de la vida. Pero la amargura repentinamente lo enfermó, y fue como si viera de un modo horrible, en la verdad, en la crueldad de su propia imagen, lo que fue predestinado y cumplido. Vio la Jungla de su vida y vio la agazapada bestia; entonces, mientras miraba, la advirtió cuando, como una perturbación del aire, se erguía, enorme y espantosa, en el salto que lo iba a destruir. Los ojos de Marcher se oscurecieron: esta encima de él; y girando instintivamente, en su alucinación, para salvarse, se arrojó de cara sobre la tumba” (117).

PALABRAS FINALES

He comenzado esta presentación mencionando el nombre de Borges, y he seguido en estas páginas parte de sus lecciones sobre cómo entender la historia de la literatura. Quisiera ahora para terminar sugerir a Borges como precursor de Kafka. Dada la brevedad del espacio con el que cuento, sólo

mencionaré, del vasto universo de los personajes borgianos los que, según mi opinión, evocan a los personajes kafkianos. Pienso en el bibliotecario de *La biblioteca de Babel*, que ha prodigado y consumido sus años en busca del libro total; en el personaje de *La espera*, que aguarda su muerte bajo el nombre del enemigo encargado de darle fin; en Avelino Arredondo, cuyo destino era dar muerte a Idiarte Borda en la Plaza Matriz; en el jubilado que cambia sus biblias por el libro de arena, el libro diabólico y monstruoso, que viola las leyes de la razón; en aquél que, en busca de tigres azules, encuentra las espantosas piedras que destruyen la ciencia matemática. ¿Quiénes son estos hombres? ¿De quienes los nombres de los personajes y sus creadores que he mencionado en estas páginas? Wakefield, Bartleby, John Marcher, un calvinista americano del siglo XIX, un gaucho del oriente del Río Uruguay, un bibliotecario ciego, un judío de Praga... uno de nosotros. De todos ellos podemos decir, parafraseando una vez más a Borges, que sus historias, aunque increíbles, son verdaderas, sólo son falsas las circunstancias, la hora y uno o dos nombres propios. •

Nota

¹ Pienso que los personajes de James caen perfectamente bien bajo la descripción que Melville hace de Claggart, el infame personaje de *Billy Bud: marinero*, a quien se refiere así: “Pero lo que en casos sobresalientes caracteriza a un temperamento tan excepcional es esto: aunque el talante equilibrado y discreta de ese hombre parecían indicar un ánimo especialmente sujeto a la ley de la razón, sin embargo, en el fondo de su corazón, parece resolverse en total exención respecto a esa ley, al parecer teniendo poco que ver con la razón si no es para emplearla como instrumento ambiguo para lograr lo irracional. Es decir: para el cumplimiento de un objetivo que en su desenfreno de malignidad parecería tener algo de extravagancia, ese hombre aplicará un juicio frío, sagaz y cuerdo”. (Melville, 1982: 153-54).

Bibliografía

- Borges, J. L., (1989), *Obras completas*, Buenos Aires, Emecé Editores.
- Hawthorne, N., (1981), “Wakefield” en *El holocausto de la tierra*, Barcelona, Montesinos.
- Hawthorne, N., (1944), *La casa de los siete tejados*, Buenos Aires, Emecé Editores.
- James, H., (2001), *La bestia en la jungla*, México, Ediciones Coyoacán.
- Melville, H., (1982), *Billy Bud: marinero*, Buenos Aires, Orbis.
- Melville, H., (2003), *Bartleby: el escribiente*, México, Ediciones Coyoacán.

ÁLVARO J. PELÁEZ CEDRÉS es profesor-investigador adscrito al Departamento de Humanidades en la UAM-Cuajimalpa. Correo electrónico: alvpelaez@hotmail.com